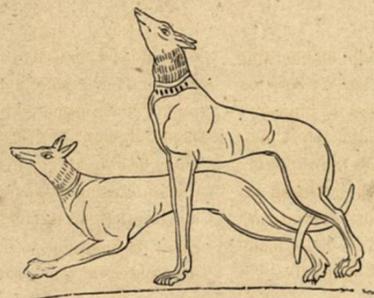


á la sola idea de haber podido herir á su amante. Una sonora y estridente carcajada vino á sacarle, al fin, de su estupor: la corza blanca había aprovechado aquellos cortos instantes para acabarse de desenredar y huir ligera como un relámpago, riéndose de la burla hecha al montero.

—¡Ah, condenado engendro de Satanás!—dijo este con voz espantosa, recogiendo la ballesta con una rapidez indecible.—Pronto has cantado la victoria; pronto te has creído fuera de mi alcance.—Y esto diciendo, dejó volar la saeta, que partió silbando y fué á perderse en la oscuridad del soto, en el fondo del cual sonó al mismo tiempo un grito, al que siguieron después unos gemidos sofocados.



—¡Dios mío!—exclamó Garcés al percibir aquellos lamentos angustiosos.—¡Dios mío! ¡Si será verdad!—Y fuera de sí, como loco, sin darse cuenta apenas de lo que le pasaba, corrió en la dirección en que había disparado la saeta, que era la misma en que sonaban los gemidos. Llegó al fin; pero, al llegar, sus cabellos se erizaron de horror, las palabras se anudaron en su garganta, y tuvo que agarrarse al tronco de un árbol para no caer á tierra.

Constanza, herida por su mano, expiraba allí á su vista, revolcándose en su propia sangre, entre las agudas zarzas del monte.

CAPITULO XII

CAZA DE LA GAMUZA

I



ESTE animal, conocido también con los nombres de *rebeco* ó *sarrío*, es el *antilope rupicapra* de Linneo.

Se encuentra en los Alpes más elevados de Austria, Suiza, Tirol, Baviera, Transilvania Stiria, en los Pirineos de España, y en otros puntos del interior. Elige siempre como residencia las mesetas de las montañas más escabrosas, pero abundantes de pastos.

Sus dimensiones y figura son como las de una cabra doméstica, pero se diferencia de ésta en que sus cuernos son negros, arrugados por la parte inferior, lisos por la superior, en forma de gancho, con la curvatura hacia la parte posterior, de nueve pulgadas de longitud en los machos y seis en las hembras. Su cuerpo es más robusto y su figura más bella que la cabra doméstica; sus pezuñas, más estrechas y de forma más regular que en esta última. Su peso es próximamente de 30 á 35 kilogramos.

El color de la gamuza es castaño oscuro, que tira á negro; pero se ven algunos ejemplares, aunque raros, de pelo blanco ó manchado. La frente, garganta y la parte inferior del cuerpo son blanquecinas.

El pelo de invierno es del mismo fondo que el de verano, pero más largo y con tendencia á gris.

La gamuza vive en grey, formando grandes grupos

Tomo III.—Caza mayor y menor

ó familias, y por esta razón puede ejercer la más exquisita vigilancia para atender á su conservación. Tan pronto como un individuo percibe el menor peligro ó siente algún ruido sospechoso, produce un sonido á modo de silbido, que disuelve el grupo en el instante. Cada individuo desaparece por donde puede, con la mayor celeridad posible, bien encaramándose por los riscos más elevados, ó bien despeñándose por las rocas más inaccesibles para sus enemigos, y no se vuelven á reunir hasta tanto que el peligro haya desaparecido.

Únicamente los rebecos más viejos viven siempre alejados de la familia, buscando á las hembras por noviembre y diciembre, en que se declara su celo.

La gamuza se alimenta de todas las plantas de las regiones alpinas, de yemas, musgos y líquenes. Estas reses salen al pasto por la tarde, y con el crepúsculo de la mañana se retiran al abrigo del monte, ó á las quebradas que tienen en la región de las nieves, para reposar durante el día; y no abandonan estos sitios sino cuando se ven muy obligadas, bien por la caída de mucha nieve, por un frío excesivo, ó por falta de alimento. En estos casos bajan á los montes menos elevados, en que la temperatura es más apacible, á esperar que el tiempo sea propicio para verificar de nuevo la ascensión á sus láres predilectos.

En la época del celo el rebeco despiden un olor repug-

28

nante y fuerte, y pelea con sus congéneres para obtener el derecho de señorío sobre las hembras.

Á las veintiuna semanas de haber sido cubierta la gamuza, pare uno ó dos hijos, que no abandonan á la madre hasta el nuevo celo, en que se unen al grupo del cual ella forma parte.

La carne de estas reses es muy dura si son viejas. La de las jóvenes es tan parecida al cabrito, que siempre por tal la he comido. El saín es muy apreciado para emplastos y para fabricación de bujías.

La piel de la gamuza es excelente, y, por su elasticidad, muy buscada para prendas de vestir.

Estas reses se cazan generalmente á rececho. El cazador de gamuzas ha de ser un hombre especial, fuerte á toda prueba, capaz de soportar todas las fatigas consiguientes á una profesión que tiene por teatro un terreno sembrado de peligros y de dificultades materiales: ha de ser valiente para arrostrar éstos, y duro para aquéllos: necesita que su cabeza no sea propensa al vértigo, vista clara y potente, excelente pulmón, ser sobrio, de gran fuerza muscular, de firme voluntad y muy buen tirador.

El arma que se emplea es una carabina rayada de corta dimensión, pero muy precisa y de un alcance de 300 metros por lo menos.

El cazador de los Alpes sale en busca de las gamuzas, y empieza por despedirse para una ausencia de una semana muchas veces. Durante este tiempo duerme y come en los *senne*, ó albergues que tienen los vaqueros que residen durante el estío en la alta montaña.

Si llega á divisar algún grupo de gamuzas, generalmente se hallan éstas al otro lado de algún barranco ó desfiladero del sitio donde se encuentra el cazador. Entonces tiene que bajar al valle, para empezar de nuevo la ascensión, que muchas veces dura más de tres ó cuatro horas.

Llegando á terreno jurisdiccional de las reses, empieza una serie de ardidés y precauciones, de que no se da cuenta más que el que se ha dedicado algún tiempo á este género de caza. Bien cubierto del viento, marchando casi á rastra, atisbando en la dirección que cree que están las reses, pues en el trascurso de tres horas que ha podido tardar desde que las vió hasta el momento en que ha entrado en su terreno, es fácil y más que probable que se hayan corrido en busca del pasto. Muchas veces ocurre que, después de haber sufrido las fatigas producidas por la ascensión, no encuentre las reses en el sitio donde las supone: entonces sale á los riscos más avanzados de la montaña donde se encuentra, para atalayar de nuevo.

En este segundo período emplea todo género de ardidés para llegar á tiro, y si no lo consigue comienza otra vez, hasta conseguir matar una res. Una vez muerta, le saca el bandullo y carga con ella, metiéndola en un inmenso zurrón que lleva á la espalda, y desciende al valle para tratar de venderla.

La mayor parte de los cazadores de gamuzas cazan en los terrenos que tienen arrendados á este fin; y ¡desgraciado del cazador intruso en terreno ajeno! porque por cada intrusión aquellas montañas tienen que añadir un nuevo drama al catálogo de desgracias que se registran anualmente. Fuera de la vigilancia de las autoridades, aquellas regiones están sólo custodiadas por los cazadores arrendatarios de la caza, que, siendo celosos de su propiedad, no admiten participación en sus derechos; así que, cuando encuentran algún cazador furtivo en sus pertenencias, sin previo aviso le envían una bala. Á veces sucede que los dos cazadores se divisan á gran distancia: entonces ambos tratan de ganarse la mano en tirar, y ponen en juego todas las astucias de que son capaces á este fin. ¡Infeliz del que por un descuido presenta un blanco del tamaño de la palma de la mano! Aquél no vuelve á su hogar, y será con seguridad pasto del gran buitre de los Alpes, el terrible *gypætus barbatus*, llamado *quebrantahuesos*. La muerte de un cazador en los Alpes siempre es atribuída á accidentes desgraciados, sin que nadie se atreva á suponer que haya ocurrido por encuentro con otro cazador, tanto más que allí es difícil hallar pruebas para hacer una acusación. Los buitres y otros animales se encargan de borrar la menor huella de un crimen.

Juntamente con el antilope saiga, que habita en las estepas de la Europa oriental y en el norte del Asia, es la gamuza el único representante europeo de la numerosa familia de los antilopes, cuyas especies viven en su gran mayoría en el continente africano, y también la única subespecie, considerando á las gamuzas del Cáucaso, de los Carpatos, Alpes y Pirineos, poco diversas entre sí, como simples variedades locales. Comparándola con los demás antilopes, hé aquí sus rasgos característicos:

Su cuerpo es corto, macizo y recogido, ya á causa de su especial conformación física, ya por su piel espesa y peluda, sobre todo en invierno, en que se cubre de pelos breves, apretados y unidos estrechamente, en lo cual se diferencia de sus demás hermanas. Hay que atribuir esta particularidad á las influencias climatológicas, puesto que los animales de los países cálidos tienen el pelo más ligero que los de los templados y



Los perros artistas (capricho venatorio), por Specht

fríos, y porque, residiendo la gamuza en montañas elevadas, se desarrolla extraordinariamente este medio de abrigo.

Constituye otro signo característico de este cuadrúpedo la fuerza y la longitud de sus piernas. Los antilopes meridionales, de igual tamaño, tienen todos sus re-

mos más delicados y débiles, lo cual es comprensible si se atiende á que, en su calidad de animales de estepas y de bosques, se mueven en terreno más llano. La gamuza, habitando en las montañas, ha de ser de estructura ósea más fuerte, ya que las sacudidas que ha de sufrir el esqueleto al lanzarse desde lo alto á lo bajo au-

mentan su desarrollo, y porque el caminar en las montañas, operación más difícil, produce en el aparato de la locomoción mayor desarrollo en los huesos, por lo mismo que es mayor su trabajo. De aquí también que la gamuza sea más vigorosa en la mitad posterior de su cuerpo que los demás antílopes, esto es, que tenga sus patas traseras más largas y más robustas que las delanteras, según exigen las necesidades de la vida en el suelo de las montañas y se observa en los cuadrúpedos que las frecuentan, en particular en nuestros toros domésticos. Cotéjense si no las razas de estos animales



Los ciervos en diciembre

igualdad del piso exige mayor y más continuo trabajo en la parte posterior de su cuerpo, obligándole á dar frecuentes saltos, huídas y empujes, siempre con la ayuda de sus patas traseras. Esta conformación especial de las gamuzas produce el natural efecto de que se muevan más velozmente subiendo que bajando; y de aquí que prefieran siempre, cuando pueden, el huir hacia arriba y no hacia abajo. La misma causa les facilita hasta lo increíble hacer ciertos movimientos, como el salvar abismos de 7 metros de anchura, y subir de un salto á peñascos perpendiculares de 4 metros de alto. Su aptitud y su afición á saltar se nota desde luego en todos sus movimientos, en su cuerpo corto y recogido, cuyo peso y cuya fuerza se pueden concentrar en un pequeño espacio; y en su cabeza pequeña y chata, en forma de moño, con sus cuernos derechos y

que habitan en los llanos con los de montaña, y notaremos en seguida que los lomos de los primeros son horizontales, mientras que no así los de los últimos, por tener más altas sus piernas traseras.

Explícate esto, además, por las condiciones á que está sujeto el desarrollo de los huesos. El trabajo principal en la carrera, el de llevar hacia adelante el peso del cuerpo, recae en las patas. Al andar en la llanura, este esfuerzo es menor cuando el animal se pone en movimiento y sufre el influjo de la gravedad; y al contrario en las montañas, en las cuales la misma des-

echados hacia adelante, de tal suerte que siempre al contemplar una gamuza nos acordamos involuntariamente de la langosta de abovedada frente.

La fortaleza de su pezuña es también extraordinaria, porque, vista desde lejos, parece como si rematara en un puño cerrado, comprendiéndose así que con semejante instrumento salte y brinque tan sin tasa. Añádase á esto que puede separar las dos pezuñas de cada pie, como acontece á los animales de su clase, y que así es más grande su seguridad, porque se hunde menos en la nieve y se afirma mejor en terreno blando. Cada casco, aisladamente, termina por su parte inferior en un borde afilado como un cuchillo, y su textura es de singular dureza y tenacidad.

Sus cuernos son también característicos en forma y disposición. Al paso que en los antílopes y cabras si-

guen la misma línea que el hocico y la frente, en la gamuza trazan con la última un ángulo casi recto, cuyo rasgo imprime en ella ese tipo peculiar, antes indicado. Á la verdad, no me atrevo á decidir qué relación tenga esta estructura singular con sus hábitos, á no ser suponiendo que, al precipitarse desde una altura, cae sobre sus cuernos para preservár del primer choque otras partes más sensibles, en cuyo caso se explicaría esa particularidad, puesto que, en la forma ordinaria, no podrían parar el golpe; pero ese hecho no parece creíble, y, á mi entender, es en alto grado inverosímil, porque al saltar sobre las piernas se apoya sólo en los duros cascos, y la resistencia que aquéllas oponen protege con mayor seguridad al resto del cuerpo que pueden hacerlo el cuello y los cuernos. Por otra parte, al caer sobre éstos, se pone en peligro inminente la nariz, uno de los órganos más delicados de todos los animales.

Otra de las particularidades de la gamuza, la de las glándulas que les salen en el arranque posterior de los cuernos, no ha sido explicada satisfactoriamente todavía; aun cuando es de presumir, por la circunstancia de hinchárseles en la época del celo y por el olor fuerte que despiden al arrancárselas, que están destinadas á aumentar sus efluvios.

Las regiones de Europa en donde existen las gamuzas ahora se hallan limitadas á sus montes más altos. En España habitan en los Pirineos; en Italia, en los Abruzos y en toda la extensión de los Alpes, aunque abundan mucho más en los orientales, puesto que en Suiza, á causa de la libertad del derecho de cazar, se han disminuido sobremanera. Más al oriente se en-



Un venado